

ARTÍCULOS ESPECIALIZADOS

ACERCA DE LAS PUBLICACIONES EN ADABI

JUAN MANUEL HERRERA

ACERCA DE LAS PUBLICACIONES EN ADABI

Palabras de Juan Manuel Herrera, director de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público en la presentación de las publicaciones de ADABI de México, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex,

Ciudad de México, 24 de noviembre de 2004.

Para Elena Fuentes de Gómez Morín.

Hace algunas semanas, World Press Photo dio a conocer las imágenes premiadas este año. Como se sabe, es el principal premio internacional de fotoperiodismo y sus imágenes son o parecen ser, para bien y sobre todo para mal, el estado del mundo. En ellas se dan cita por igual la gente menuda y las pruebas inequívocas del desorden como territorio global. Una de las más dramáticas fórmulas de ese álbum trágico es la violencia y el dolor, pero también –acaso como compensación– destaca la imaginación y la memoria visual y la vida del día con día. Entre las magníficas fotografías premiadas hay una serie sólo en apariencia lejana a los fines de la presentación que nos reúne: se trata del trabajo del fotógrafo holandés Jan Banning, y las tomas son parte de un reportaje espléndido, en el que aparecen diversas habitaciones y oficinas de la burocracia estatal en la provincia de Patna (la frontera con Nepal) en la India. El proyecto alude, según Banning, al dinamismo propio en el mundo de las oficinas. La serie, sin embargo, ilustra otra dinámica más cercana de lo que uno podría imaginar y que corresponde al menos en parte a las nociones que

ADABI hace circular hoy con sus publicaciones: los vestigios y la permanencia, la erosión de las cosas del mundo por la acción del tiempo, el tiempo mismo, la invaluable aunque vulnerable riqueza de la memoria, la conservación y la difusión del patrimonio, cuyo tejido queda a la vista. En una de las fotos, quizá la que más me gusta por elocuente, una mujer revisa unos folios en una mesa de trabajo. Sus lentes descansan sobre el expediente y a juzgar por cierto orden en la mesa, podría ser una funcionaria judicial o una investigadora académica, haciendo estudios para un libro de historia. Eso es llamativo, pero lo más importante -según creo- es el mobiliario a su espalda: no la madera de los armarios, sino los otros muebles, los que nos interesan, es decir, los documentos. No hay -no puede haber- quietud en esos papeles. Se pueden mover, y gracias a esa condición, al entrar en movimiento es posible revelar su verdadera naturaleza. Papeles que pese a estar cerca de la condición de la basura son vestigios de interés para el estudio y el mejor conocimiento del pasado. Ese movimiento de las cosas del tiempo, es lo que nos presenta hoy ADABI. Aquí las direcciones para ver las fotografías citadas:

<http://www.anna-amalia-bibliothek.de/> y

<http://www.worldpressphoto.nl>

¿Como se mide el tiempo? Las instituciones que conservan patrimonio son, por definición, relojes descompuestos. Dan siempre otra hora, y en su lógica asoma una ilusión: poder regresar, intentar entender, describir cosas que no están presentes sino por esa circunstancia paradójica de la memoria y sus registros. Para complicar la situación, es frecuente que los intentos por garantizar su permanencia se enfrenten a un problema elemental: las cosas del pasado no importan y en consecuencia la solución temporal de esa contradicción queda en entredicho. En las publicaciones que muestra el trabajo de ADABI, los resultados de numerosos proyectos, y la voluntad de propiciar tanto el rescate de acervos, como la comprensión cultural de proteger la memoria de las instituciones, encontramos ese esfuerzo de relojería, de lucha a favor del tiempo “no sólo desde una perspectiva académica -como se lee en su informe- sino también, como un útil recurso de planeación y desarrollo, fomentando la

conciencia de que los documentos son fuentes primordiales para comprender el comportamiento de la vida nacional”.¹

En los inventarios que ahora se presentan aparece siempre una foto de registro antes y otra después del proceso de trabajo. En algunas fotografías de la situación imperante antes, la foto fija el caos. Esa imagen del tiempo que se acumula como polvo, resulta la materia de trabajo de quienes se obstinan por no permitir que se transforme en polvo a secas. Preservar la memoria de México es la misión y diríamos la batalla de ADABI contra el olvido, es -a través de las publicaciones- la foto fija al final del proceso.

Creía estar muy al tanto de las actividades de ADABI, por el interés de los proyectos relativos a las bibliotecas y los archivos en México y la visita periódica a su portal en internet, pero cuando recibí el material que hoy presentamos verdaderamente me di cuenta que no lo estaba del todo y me pareció que el camino que está recorriendo es muy estimulante por eficaz. Las publicaciones tienen aquí un valor doble: en primer lugar, el de resultado claro del trabajo mismo, ahí donde no existía o era insuficiente el trabajo de archivo, se actualiza el orden frente a la arbitrariedad, se da sentido a la conservación de esos registros. Por otra parte, y acaso este es el principal resultado de esta etapa del desarrollo de archivos y bibliotecas, se hace un trabajo ejemplar en más de un sentido. Se cuenta con recursos no fiscales para la realización de las tareas, participan expertos, personas de la más alta calificación y experiencia, a la par que nuevos participantes en este esfuerzo y se apoya a las células mismas del tejido institucional, a las habitaciones de la memoria que están en parroquias y ayuntamientos. No escapa a nadie que el contenido desbordado de nuestro patrimonio es quizá lo más importante de la metáfora documental en el mundo de los archivos y su principal enemigo en el tiempo: el descuido, el desorden como paisaje intramuros y otra enseñanza que se desprende de los trabajos que hoy ADABI nos muestra, es la posibilidad de ir de regreso en el ciclo de la protección de los archivos: en 1978 el Archivo General de la Nación intentaba ayudar a las empresas en el manejo de sus archivos, hoy una iniciativa privada, una asociación civil, ayuda a los archivos públicos.

¹ Informe ADABI 2003-2004, México. Véase, origen.

Dice Stella en el Catálogo de Ilustraciones del Archivo Municipal de Puebla que el trabajo archivístico es un trabajo eminentemente de equipo y este serie de publicaciones es una muestra de ello: es, si se mira bien, el resultado del trabajo de decenas de personas que están involucradas en este esfuerzo. Ese equipo, una escuela, es lo que Stella ha formado desde hace años. Para ser precisos desde el día en que Alejandra Moreno Toscano y la propia Stella entraron a la oficina de don Ignacio Rubio Mañé para iniciar un nuevo ciclo en los archivos en México.

No es fácil para todo mundo imaginar las tareas que implica llegar a un municipio o a un archivo parroquial para persuadir a los empleados, a los funcionarios, a las autoridades de la importancia de poner en movimiento la aparente quietud de los papeles viejos que se acumulan en muebles y lugares a veces inhóspitos. A la labor de convencimiento sigue el trabajo mismo, horas y horas de actividad en las que el tiempo consume su propia materia y alimenta la segunda naturaleza, el carácter valioso de esos papeles viejos. El resultado siempre parece modesto porque es sólo una puerta, una entrada a ese laberinto de los años que el diseño de un archivo esconde. No se olvide que una puerta es un homenaje a Jano, hay dos visiones siempre. En la primera basta ordenar el caos, en la segunda, logra numerosos nuevos caminos, en la investigación, en el conocimiento. Sin embargo, una calamidad -descrita con detalle por Fernando Benítez en El libro de los desastres- es la incuria y el accidente. El descuido culposo y la barbarie, la ignorancia y la miopía. Todo ello junto se traduce con el correr de los años en pequeñas o grandes catástrofes de la memoria, porque no es fácil que la gente se percate del valor de los acervos cuando tienen aspecto de papeles inútiles. El riesgo de la pérdida de memoria, sin embargo, no es sólo terreno de la carencia de recursos o de la falta de atención. No todo es parte de la realidad que muestra la foto en la India. A lo largo de la historia se han perdido importantes acervos en el mundo, el último de extraordinario valor es la Biblioteca Duquesa Ana Amalia, en

Weimar², de la que también tienen una imagen en fotocopia, apenas el 2 de septiembre último. O recuérdese la inundación en la Biblioteca Bancroft, hace un par de años, en la que una falsa alarma de incendio echó a andar los aspersores en horas de fin de semana y para cuando llegaron los primeros empleados el lunes, según cuenta el propio Charles Faulhaber, se encontraron con agua por todas partes. En estas ocasiones la violencia con la que el patrimonio se pierde y deteriora es terrible, pese a situarse en instituciones con abundantes recursos de toda índole. El reloj de la incuria, más próximo a nuestra realidad, sin embargo, avanza con la lentitud de la miel cristalizada en el tarro y paradójicamente eso ha permitido que la pérdida no sea mayor en nuestro país.

En el ciclo de los rescates de la memoria en los que Isabel, Stella y su equipo participa, el efecto deja vu se hace presente, aunque cuando Stella llega a una de las instituciones aquí descritas, es poco probable que alguien recuerde que unos jóvenes hace casi treinta años, llegaron a formular las mismas preguntas, movieron el polvo de los papeles viejos y al final, enviaron un inventario para garantizar la protección del patrimonio, promover la consulta y estimular el disfrute intelectual de los acervos. En ese ciclo, hay una advertencia que no es fácil observar pese a su evidencia: este trabajo en efecto es de equipo y es permanente. Su tiempo es obligadamente lento y sus resultados siempre son inestables. No resulta sorprendente que esfuerzos acabados se erosionen y sea necesario repetir las acciones, los materiales regresen a su condición de descuido. Esto es así porque en diversos niveles, desde el federal hasta el municipal, las políticas no siempre permiten ir hacia

² El fuego se llevó un tesoro cultural de valor incalculable en Weimar. Un incendio destruyó treinta mil libros de la biblioteca Duquesa Ana Amalia, la mayoría de ellos de los siglos XVI, XVII y XVIII y algunos ejemplares únicos. Según las autoridades locales, se perdieron unos dos mil manuscritos medievales y alrededor de ocho mil cuatrocientos mapas históricos. Y se quemaron una colección de partituras originales del siglo XVIII, perteneciente a la duquesa Ana Amalia, y la famosa biblioteca personal del primer director de la casa, Daniel Schurzfleisch. El director de la biblioteca, Michael Knoche, aseguró que se salvaron unos cincuenta mil libros, entre ellos una colección de biblias de la reforma luterana, que incluye una biblia de Lutero de 1543. Y también quedaron intactos los diarios de viaje de Alexander von Humboldt. Pero además de los treinta mil libros incendiados, otros cuarenta mil ejemplares quedaron dañados por el humo y el agua que utilizaron los bomberos. Según los responsables, muchos de ellos se pueden recuperar y fueron congelados inmediatamente. De esta forma se seca el papel para evitar que se deshaga. El Centro de Conservación de Leipzig, en el este de Alemania, se encargará de restaurarlos. Más de trescientos bomberos intentaron durante horas combatir el fuego en el edificio conocido como “Palacio Verde”, que data de 1565 y fue declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO.

delante, mejorar, lograr que la protección de los acervos adquieran el estatuto que les corresponde en forma duradera.

Por otra parte, la distancia recorrida muestra las ventajas inequívocas de la experiencia, y el catálogo preparado por Elvia Carreño de libros antiguos del archivo histórico del estado de Tlaxcala, es una muestra de excelencia, y el hecho de que la política editorial de ADABI, no se limite a las publicaciones en papel, sino que a través de su página y la edición de discos difunda de una manera más amplia el contenido de los acervos.

Sugiero reconsiderar dos aspectos, diría de relación: en primer lugar aprovechar una iniciativa de hace muchos años de la propia Dra. González: el Registro Nacional de Archivos y, en el caso de archivos parroquiales, tomar noticia y publicarla de la situación registrada en microfilm del archivo de la Sociedad Mexicana de Genealogía y Heráldica. Entre las propias publicaciones de ADABI también quizá establecer un puente entre los diversos proyectos individuales, enlazando programas y resultados. El ejemplo de la VIII Vicaría es clarísimo, como lo es la documentación relacionada entre parroquias que tienen origen compartido: San Pedro de Verona y San Agustín; Santa Cecilia y San Bernardino de Siena, Asunción y San Pedro, sólo para mencionar tres casos. Al repasar las publicaciones encuentro la constancia del trabajo bien hecho y sorpresas mayores, como el acervo del Sagrario Metropolitano, Iglesia de la Soledad en el Arzobispado de Puebla, preparado por Jorge Garibay; o el inventario del archivo parroquial de San Pedro Apóstol, Tláhuac, VIII Vicaría, Arzobispado de México, Xochimilco, coordinado por Berenice Rubio; los documentos de Tlacotepec, el catálogo de ilustraciones, en fin; de verdad destaca que en tan poco tiempo se logren resultados tan importantes: 76 proyectos y una espléndida página en internet.

Para terminar, debemos felicitar y saludar con el mayor aprecio el trabajo que Isabel, Stella y todo su equipo, Margarita Parra y David Arroyo y con ellos a todos quienes han participado con ADABI en este esfuerzo editorial, que pone en circulación una imagen por completo distinta al reloj del deterioro lento que se mide por el polvo acumulado que muestra la foto en la India, y, por supuesto, a la foto del deterioro violento, que muestra la foto en Alemania. El resultado editorial del trabajo de ADABI dinamiza, como quiere Jan Banning, el horario volante de nuestros archivos, al poner en movimiento los documentos y contribuir a proteger y salvaguardar nuestro patrimonio documental, con un manifiesto beneficio a la cultura de México.